



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 19 de abril de 1989

Los frutos de la Ascensión: el reconocimiento de que Jesús es el Señor

1. El anuncio de Pedro en el primer discurso pentecostal en Jerusalén es elocuente y solemne: “A este Jesús Dios lo resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Y *exaltado* por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y *lo ha derramado*. (Hch 2, 32-33). “Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que *Dios ha constituido Señor y Cristo* a este Jesús a quien vosotros bebéis crucificado” (Hch 2, 36). Estas palabras –dirigidas a la multitud compuesta por los habitantes de aquella ciudad y por los peregrinos que habían llegado de diversas partes para la fiesta– proclaman la elevación de Cristo –crucificado y resucitado– “a la derecha de Dios”. La “elevación”, o sea, la ascensión al cielo, significa *la participación de Cristo hombre en el poder y autoridad de Dios* mismo. Tal participación en el poder y autoridad de Dios Uno y Trino *se manifiesta en el “envío” del Consolador*, Espíritu de la verdad el cual “recibiendo” (cf. Jn 16, 14) de la redención llevada a cabo por Cristo, realiza la conversión de los corazones humanos. Tanto es así, que ya aquel día, en Jerusalén, “al oír esto sintieron el corazón compungidos” (Hch 2, 37). Y es sabido que en pocos días se produjeron miles de conversiones.

2. Con el conjunto de los sucesos pascuales, a los que se refiere el Apóstol Pedro en el discurso de Pentecostés, Jesús se reveló definitivamente como Mesías enviado por el Padre y como Señor.

La conciencia de que Él era “el Señor”, había entrado ya de alguna manera en el ánimo de los Apóstoles durante la actividad prepascual de Cristo. Él mismo alude a este hecho en la última Cena: “Vosotros me llamáis el Maestro y el *Señor*, y decís bien porque lo soy” (Jn 13, 13). Esto explica por qué los Evangelistas hablan de Cristo “Señor” como de un dato admitido comúnmente

en las comunidades cristianas. En particular, Lucas pone ya ese término en boca del ángel que anuncia el nacimiento de Jesús a los pastores: “Os ha nacido... *un salvador que es el Cristo Señor*” (Lc 2, 11). En muchos otros lugares usa el mismo apelativo (cf. Lc 7, 13; 10, 1: 10, 41; 11, 39; 12, 42; 13, 15; 17, 6; 22, 61). Pero es cierto *que el conjunto de los sucesos pascuales ha consolidado definitivamente esta conciencia*. A la luz de estos sucesos es necesario leer la palabra “Señor” referida también a la vida y actividad anterior del Mesías. Sin embargo, es necesario profundizar sobre todo el contenido y el significado que la palabra tiene *en el contexto de la elevación y de la glorificación de Cristo resucitado*, en su ascensión al cielo.

3. Una de las afirmaciones más repetidas en las Cartas paulinas es que *Cristo es el Señor*. Es conocido el pasaje de la Primera *Carta a los Corintios* donde Pablo proclama: *apara nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre*, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y *un solo Señor, Jesucristo*, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros” (1 Co 8, 6; cf. 16, 22; Rm 10, 9; Col 2, 6). Y el de la *Carta a los Filipenses*, donde Pablo presenta como Señor a Cristo, que humillado hasta la muerte, ha sido también exaltado “para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 10-11). Pero Pablo subraya que “nadie puede decir: ‘Jesús es Señor’ sino bajo la acción del Espíritu Santo” (1 Co 12, 3). Por tanto, “bajo la acción del Espíritu Santo” también el Apóstol Tomás dice a Cristo, que se le apareció después de la resurrección: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28). Y lo mismo se debe decir del diácono Esteban, que durante la lapidación ora: “Señor Jesús, recibe mi espíritu... no les tengas en cuenta este pecado” (Hch 7, 59-60).

Finalmente, el Apocalipsis concluye el ciclo de la historia sagrada y de la revelación con la invocación de la *Esposa* y del *Espíritu*: “Ven, Señor Jesús” (Ap 22, 20).

Es el misterio de la acción del Espíritu Santo “vivificante” que introduce continuamente en los corazones la luz para reconocer a Cristo, la gracia para interiorizar en nosotros su vida, la fuerza para proclamar que Él –y sólo Él– es “el Señor”.

4. Jesucristo es *el Señor*, porque posee la plenitud del poder “*en los cielos y sobre la tierra*”. Es el *poder real* “por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación... Bajo sus pies sometió todas las cosas” (Ef 1, 21-22). Al mismo tiempo es *la autoridad sacerdotal* de la que habla ampliamente la *Carta a los Hebreos*, haciendo referencia al Salmo 109/110, 4: “Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec” (Hb 5, 6). Este eterno sacerdocio de Cristo *comporta el poder de santificación* de modo que Cristo “se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (Hb 5, 9). “De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor” (Hb 7, 25). Así mismo, en la *Carta a los Romanos* leemos que Cristo “está a la diestra de Dios e intercede por nosotros” (Rm 8, 34). Y finalmente, San Juan nos asegura: “Si alguno peca, *tenemos a uno que abogue ante el Padre*: a Jesucristo, el Justo” (1 Jn 2, 1).

5. Como *Señor, Cristo es la Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo*. Es la idea central de San Pablo en el gran cuadro cósmico histórico-soteriológico, con que describe el contenido del designio eterno de Dios en los primeros capítulos de las *Cartas a los Efesios y a los Colosenses*: “Bajo sus pies sometió todas las cosas y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo” (*Ef* 1, 22). “Pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud” (*Col* 1, 19): en Él en el cual “reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente” (*Col* 2, 9).

Los *Hechos* nos dicen que Cristo “se ha adquirido” la Iglesia “con su sangre” (*Hch* 20, 28, cf. *1 Co* 6, 20). También Jesús cuando al irse al Padre decía a los discípulos: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt* 28, 20), en realidad anunciaba el misterio de este *Cuerpo que de él saca constantemente las energías vivificantes de la redención*. Y la redención continúa actuando como efecto de la glorificación de Cristo.

Es verdad que Cristo *siempre ha sido el “Señor”*, desde el primer momento de la encarnación, como Hijo de Dios consubstancial al Padre, hecho hombre por nosotros. Pero sin duda *ha llegado a ser Señor* en plenitud por el hecho de “haberse humillado ‘se despojó de si mismo’ haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (cf. *Flp* 2, 8). Exaltado, elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido así toda su misión, permanece *en el Cuerpo de su Iglesia sobre la tierra por medio de la redención operada en cada uno y en toda la sociedad por obra del Espíritu Santo*. La redención es la fuente *de la autoridad que Cristo*, en virtud del Espíritu Santo, *ejerce sobre la Iglesia*, como leemos en la *Carta a los Efesios*: “Él mismo ‘dió’ a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo... a la madurez de la plenitud de Cristo” (*Ef* 4, 11-13).

6. En la expansión de la realeza que se le concedió sobre toda la economía de la salvación, *Cristo es Señor de todo el cosmos*. Nos lo dice otro gran cuadro de la *Carta a los Efesios*: “Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo” (*Ef* 4, 10). En la *Primera Carta a los Corintios* San Pablo añade que todo se le ha sometido “*porque todo (Dios) lo puso bajo sus pies*” (con referencia al *Sal* 8, 5). “...Cuando diga que ‘todo está sometido’, es evidente que se excluye a Aquel que ha sometido a él todas las cosas” (*1 Co* 15, 27). Y el Apóstol desarrolla ulteriormente este pensamiento, escribiendo: “Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, *para que Dios sea todo en todo*” (*1 Co* 15, 28). “Luego, el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad” (*1 Co* 15, 24).

7. La Constitución *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II ha vuelto a tomar este tema fascinante, escribiendo que “El *Señor es el fin* de la historia humana, ‘el punto focal de los deseos de la historia y de la civilización’, *el centro* del género humano, la alegría de todos los corazones, *la plenitud de sus aspiraciones*” (n. 45). Podemos resumir diciendo que *Cristo es el Señor de la*

historia. En Él la historia del hombre, y puede decirse de toda la creación, encuentra su cumplimiento trascendente. Es lo que en la tradición se llamaba *recapitulación* (“*re-capitulatio*”, en griego:). Es una concepción que encuentra su fundamento en la *Carta a los Efesios*, en donde se describe el eterno designio de Dios “para realizarlo en la plenitud de los tiempos: *hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza*, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Ef 1, 10).

8. Debemos añadir, por último, que *Cristo es el Señor de la vida eterna*. A Él pertenece el juicio último, del que habla el Evangelio de Mateo: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria... Entonces dirá el Rey a los de su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre. recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo’” (Mt 25, 31. 34).

El derecho pleno de juzgar definitivamente las obras de los hombres y las conciencias humanas. pertenece a Cristo en cuanto Redentor del mundo. El, en efecto, “adquirió” este derecho mediante la cruz. Por eso el Padre “todo juicio lo ha entregado al Hijo” (Jn 5, 22). *Sin embargo el Hijo no ha venido sobre todo para juzgar, sino para salvar. Para otorgar la vida divina que está en Él*. “Porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo, y le ha dado poder para juzgar, porque es Hijo del hombre” (Jn 5, 26-27).

Un poder, por tanto, que coincide con la misericordia que fluye en su corazón desde el seno del Padre, del que procede el Hijo y se hace hombre “propter nos homines et propter nostram salutem”. Cristo crucificado y resucitado, Cristo que “subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre”. Cristo que es, por tanto, el Señor de la vida eterna, se eleva sobre el mundo y sobre la historia como un signo de amor infinito rodeado de gloria, pero deseoso de recibir de cada hombre una respuesta de amor para darles la vida eterna.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Saludo cordialmente a todos los peregrinos y visitantes procedentes de diversos países de América Latina y de España.

En particular, saludo a los miembros del Círculo Católico de Madrid, y a las peregrinaciones de Choluca y Puebla (México), y de Buenos Aires (Argentina).

A todos imparto con afecto la bendición apostólica.

